

Mejor fuente que esa no la puede reconocer mi argumento, mayor imparcialidad, tampoco. Defiendes á la mujer culpando á la sociedad, mientras que yo, en este punto, defiende á la sociedad y ataco á la mujer, no por boca mia, sino por boca de la segunda.

Así, pues, amigo mio, nada de cargos injustos; si la mujer adolece de esos graves males que tanto lamento, la mayor parte de la culpa corresponde á ella misma, y el resto, como dices bien, á cierta clase de hombres.

¡Frivolidad, coquetería, amor á lo que es vano! Si sólo estos fueran los males de la mujer de nuestro siglo, no era el caso tan desesperado. Pero la venalidad, amigo mio, ese cáncer terrible que hay en el corazón femenino, ese amor sin freno al lujo y á las riquezas sin las cuales no cree el sexo débil encontrar la felicidad, es una, tal vez la principal de las disercias, como diría un médico, de desesperada curación en ella.

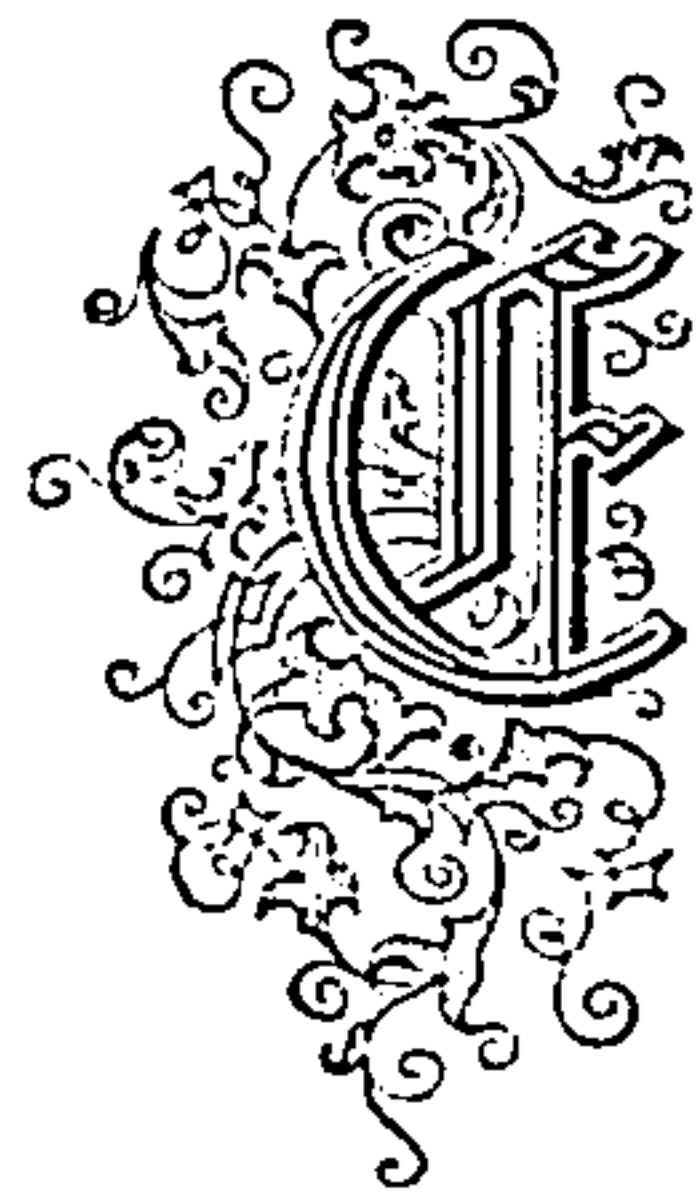
¡La venalidad! Permíteme detener aquí el curso de mis ideas, permíteme que el primer punto de mi próxima carta, sea el caso que me pintas en tu última.

¡Caer por engaño, por amor, la mujer de la generación presente! Yo creo que todas las que caen en la actualidad, sucumben bajo la influencia de un talisman poderoso: ¡el que empleó Meñistófeles para seducir á Margarita!

México, Mayo 24 de 1886.

DOMINGO ELIZALDE.

REVISTA PARISIENSE.



ENTRE los variados asuntos de interés general que han llamado la atención la última quincena, merece citarse la sesión celebrada por la Sociedad de Geografía, en la cual M. Fernando Lesseps dió cuenta de su último viaje á Panamá. Los trabajos se hallan en plena actividad, particularmente en la región central, donde se encuentra el núcleo montañoso del istmo.

Los obreros empleados en los trabajos están alojados por brigadas de treinta individuos en casas de madera, de un modelo uniforme y muy confortable. Las dificultades que hay que vencer son, en verdad, muy grandes, pero el ataque es proporcional á la defensa, y por eso se ha reunido en el istmo un verdadero ejército industrial bajo la dirección de jefes que reúnen á su fe profunda en el feliz resultado de tan colosal obra, una gran inteligencia. La sesión terminó en medio de atronadores aplausos y aclamaciones entusiastas á M. Lesseps, á quien jamás se admirará bastante.

El famoso abate Listz continúa siendo el hombre á la moda. No hay periódico que no se ocupe de él, no hay grande que no procure conquistarlo para que vaya á su casa.

Casi todo el día lo pasa en casa de su compatriota el pintor Munkacz, que está haciendo su retrato.

En un largo artículo que el suplemento del *Pigaro* dedica á Listz, hay una curiosa noticia. En 1873, después de 28 años de reatamiento, tocó Listz en el Ayuntamiento de Pesth.

Al salir, los espectadores se precipitaron en el escenario para apoderarse de una flor, de una hoja de música, como recuerdo de aquel memorable éxito. Se hizo tirar la tela que cubría el piano, y la policía llegó á tiempo para evitar que el piano mismo fuese hecho pedazos por aquellos espectadores frenéticos que le hubiesen destrozado para llevarse como reliquias sus astillas.

Modas.—Las señoritas más elegantes escogen este mes florido para sus bodas; todos los periódicos de las principales capitales anuncian casamientos, por eso me detendré especialmente en esta revista á describir tres trajes destinados á una novia.

El primero es de siciliana rosada con un cuerpo de felpilla musgo. Falda de tafetán guarnecida por delante con un alto volante de tul, encaje bordado de hilillo de oro, y este mismo encaje forma encima una espiral que parte del talle y vuelve bruscamente después de ocultar la cabeza del volante, terminando con una drapería que se detiene en un lazo, el cual sujeta un grupo de pliegues. Cuerpo de felpilla con faldeta muy corta, recortada á ondas; el escote en punta es poco acentuado, y la manga está hecha de un jockey plegado de encaje. Fina cordonería de oro en todos los contornos.

Otro traje es de crespón de seda rosada. Sobre el fondo de la falda cae una segunda falda de crespón del mismo largo que la de debajo y ancha de seis metros. Draperías de crespón en echarpe en el bajo del cuerpo, en otra banda

haciendo abuecado á la derecha. Cuerpo abrochado por detrás, con los delanteros, los costados de delante, la espalda y los costados de espalda, escotado corazón y guarnecido con un volante de encaje. Medias de seda rosa, zapatos blancos, guantes de Suecia y collar de perlas. Lazo de cinta blanca en el peinado.

El otro es de tul blanco y moaré del mismo color, adornado con guirnalda de follaje y de lilas blancas. Cuerpo en forma de coraza, guarnecido por arriba y por abajo con una guirnalda también de follaje y lilas blancas. Un lazo voluminoso de ancha cinta de moaré adorna por detrás la falda. Los guantes y las medias de color de carne y los zapatos blancos.

Traje negro de la época del Directorio; es muy elegante y obtiene la predilección de las damas de buen gusto. Falda de satén negro guarnecida de un volantito plegado de la misma tela. Túnica de tul negro completamente bordada con ramitos de flores de perlas de azabache y ligeramente drapeada, cuerpo de satén negro muy ajustado formando detrás tres pliegues. El cuerpo está ligeramente abierto por delante casi en toda su longitud. Las dos puntas se reúnen y cierran con los corchetes que deben estar disimulados. A los dos lados del pecho cinco grandes botones de pasamanería en cada uno. Los botones son de abalorios. Las mangas de satén y tul bordado con fruncidos. El cuello ó golás es de punto de Alenzón con una gran chorrera de encaje que sobresale en la pechera. La cola es de satén negro velada con un tul bordado de azabache; se adapta sobre los pliegues posteriores y se pone á voluntad. Con este traje se lleva capota negra con adornos gris perla.

Para concluir describiré un lindo modelo de chaqueta para señoritas: está ajustada por detrás y medio abierta por delante sobre un chalequin. Dos hileras de grandes botones de metal en el pecho. Cuello derecho cerrado. Bocamangas con botones en la costura. Detrás cuatro grandes pliegues.

París, Mayo 10 de 1886.

CAROLINA DE LA PEÑA.

EL AVE Y EL POETA.

(A María)

Arrancado de un árbol al impulso
De recio vendabal,
Balanceábase un nido entre las olas
Del proceloso mar.
En tanto que en la orilla, solitario,
Tristísimo turpial
Mirando que su nido á cada instante
Se aleja más y más,
En las notas más dulces y sentidas
Cantaba su pesar,
Llenando de armonías el silencio
De aquella soledad.
Tierna avecilla del vecino bosque
Con inútil afán,
La dulzura del canto melancólico
Intenta remedar.
Mas convencido de su esfuerzo vano
Acérese al turpial
Y con cándido acento que revela
Su gran curiosidad,
Perdóname, le dice, si impaciente
Te vengo á interrogar.
¿Quién te inspira las notas misteriosas
Del canto sin igual,
Que tanto me conmueven y que en vano
Quisiera yo imitar?
Acaso guarda tu garganta mágico
Secreto talismán,
O en ignotas regiones aprendiste
El canto celestial
Cuya dulzura hasta los mismos ángeles
Pudieran admirar?
¡Ay! le responde el ave adolorida,
No me preguntes más,
En vano los secretos de mi canto
Quisieras penetrar.
Estas tristes canciones que no tienen
Ni ritmo ni compás,
Ni puedes aprenderlas, avecilla,
Ni las puedo enseñar,

Porque cada preludio de mi canto
Es un agudo y doloroso ¡ay!
En cada nota que mi pecho exhala
Hondos suspiros á perderse van,
Cada trino vibrante es un gemido
Del pecho maternal;
Es un reproche amargo, es una queja
Al viento y á la mar
Que me arrancan mi nido y que me dejan
En triste soledad;
Es el último adiós que le dirijo
Al nido que se va,
A mi nido adorado que mis ojos
A ver no volverán;
Es la ardiente plegaria que del cielo
Implora la piedad;
Es de mi voz desfallecida y trémula,
Que va á extinguirse ya,
El eco que se pierde en el vacío
De azul inmensidad;
El eco de un dolor que mi existencia
Aniquilando va,
Y es no obstante la fuerza que me alienta
Mi espíritu vital.
Porque en mi ser donde la muerte tiende
Su eterna frialdad,
Sólo me queda el sentimiento agudo
De mi dolor teaz.
Esta voz es la voz de mi agonía,
Es el canto final
De un ave que se muere recorriendo
La escala del pesar.

¿Recuerdas? Una vez, niña querida,
Con el ingenuo acento de tu edad,
¿Quién puede á los poetas, preguntastes,
Sus dulcísimos cantos inspirar?
¿Son los poetas ángeles del cielo
Que envía Dios quizá